

PIEDRA LIBRE

Fue una mañana, en la plaza principal, Katia caminaba distraída por la música que escuchaba desde su celular cuando chocó con una piedra enorme que emergía desde las entrañas de la tierra. Sorprendida comenzó a rodearla para observarla de cerca. Era una piedra brillante, azulina, con destellos de verdes y dorados. Extendió su mano para tocarla, pero al hacerlo recibió una descarga que la hizo retroceder inmediatamente. Todo su cuerpo había quedado como energizado, se sentía rara.

Siguió caminando hasta su casa pero en su cabeza se hacía miles de preguntas acerca de ese extraño elemento. Al llegar se lo comentó a su novio, que al principio la miró como si estuviera alucinando, ella le dijo entonces que no estaba imaginando nada, que realmente estaba ahí, y que si quería podía acompañarla y constatarlo con sus propios ojos.

Ya era tarde y estaba cansado así que desistió de hacerlo, pero acordó en acompañarla al día siguiente; había logrado despertar su curiosidad. Cuando a la mañana llegaron a la plaza, la piedra se encontraba rodeada por muchas personas, que al igual que Katia, pasaron por allí en su camino de rutina y se encontraron con este objeto extraño. Nadie podía imaginar de dónde había brotado, no era un volcán ni un meteorito que había quedado enterrado luego de caer del cielo. Todos coincidieron en que estaba electrizada, pues cuando otros la quisieron tocar sintieron la misma sensación que Katia.

Estaban rodeando a la piedra cuando llegó el profesor News del laboratorio de investigación de la Universidad, sacó todo su equipo y comenzó a pasar un extraño instrumento por la roca, como si la estuviera auscultando. Y mientras lo hacía iba poniendo cara de sorpresa que la gente iba registrando con temor. Terminada su labor se retiró; pero nada dijo al público. Un hermetismo que se continuó en los diarios y en los noticieros.

Katia se hizo lugar entre la gente, que cada vez era más, y llegó hasta la roca que con la luz del sol se veía mucho más hermosa, puesto que los colores brillaban más y desprendían destellos dorados intensos. Volvió a rodearla pero esta vez pasó su mano suavemente, ya no sintió esa descarga eléctrica sino un leve cosquilleo que le resultó hasta agradable; y cuanto más la tocaba mejor se sentía, como si la recargara de energía positiva, quitando todo cansancio, colmándola de alegría. Observando esto, invitó a que su novio, la persona más pesimista y triste del universo, lo hiciera: al principio se negó, pero dada la insistencia aceptó hacerlo; extendió su mano con miedo, luego más confiado, y sintió la misma sensación, una suave descarga pero al tiempo que la tocaba cada vez más su ánimo cambiaba, su tristeza desaparecía, su cuerpo se llenaba de energía, su cabeza se iba serenando, recuperando esa paz que hacía muchos años venía buscando y no lo lograba.

Llegó la noche, y con ella la hora de cenar, de pronto el novio de Katia rompió el silencio con una frase que la dejó desconcertada:

- La cena estuvo muy rica. –le dijo.
- ¡Gracias! Nunca me habías hecho un comentario así y eso que llevamos varios años juntos y siempre preparé tú almuerzo, tú cena, todo.

- Es cierto, nunca te lo había dicho, pero hoy sentí la necesidad de hacerlo. Tengo una sensación extraña en mi cuerpo, extraña pero linda, me siento como nunca, súper feliz y con ganas de decir y hacer cosas para y por los otros.
- Me alegra mucho que te sientas así, no sé qué puede haberte hecho cambiar pero bendigo lo que haya sido.

El lunes había comenzado como siempre, tempranito, con una ducha para despertarse, un rico desayuno, un beso de despedida y marchar hacia el trabajo. Katia trabajaba cerca de su casa y le encantaba ir caminando para disfrutar del paisaje que le devolvía la plaza. Cuando llegó volvió a ver la piedra y algo había pasado con ella, ya no era tan grande, y tampoco estaba tan brillante, ¿qué había sucedido? No supo decirlo pero en el aire se percibía otra sensación, la gente estaba feliz, todos portaban una hermosa sonrisa, todos se saludaban, los que se conocían y los que no; hubo actos de amabilidad en un pueblo que no lo era. Los caballeros cedían sus lugares en los colectivos, los niños ayudaban a los abuelos a cruzar la calle; todos ponían agua y cuidaban a los perros callejeros que hasta ayer eran ignorados. Arreglaban sus jardines, limpiaban las veredas y las calles. Los automovilistas cedían el paso a los peatones que cruzaban por las esquinas y respetaban los semáforos. Las palabras perdón, gracias, permiso, por favor y buenos días se oían a raudales.

Katia estaba sorprendidísima, no sabía qué había pasado en su pueblo, pero lo que hubiera sido que lo produjo bienvenido era. La ciudad se había humanizado y la gente no sólo pensaba en ellos sino en el otro. Todo era un canto a la vida. Y la piedra, a mayor alegría, más pequeña se hacía, hasta que pasados varios meses se desintegró así como había aparecido.

No quedó rastro alguno de su presencia pero sí en los habitantes de la ciudad, que fueron conocidos y reconocidos por el intendente como los mejores ciudadanos.